

Virginia Woolf

# Tres relatos

La marca en la pared  
Lunes o martes  
La señora Dalloway  
en la calle Bond

EDITORIAL  
UTADEO

ANIMAL  
ELECTRO



EDICIÓN

Mario Alejandro Molano Vega

**PRÓLOGO**

Sylvana Blanco Estrada

Susan Heilbron Luna

**DISEÑO EDITORIAL**

Susan Heilbron Luna

**DIAGRAMACIÓN**

Susan Heilbron Luna

**DISEÑO DE CUBIERTA**

DGP Impresores

**IMPRESIÓN**

\*\*\*

Ilustración de portada: Swallowtail

De autor desconocido para la publicación *Le magasin pittoresque*, vol. 5.

Tomada de <https://www.oldbookillustrations.com/>

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1. Hamlet, príncipe de Dinamarca. Monólogos y fragmentos.

**WILLIAM SHAKESPEARE**

2. El ingenioso hidalgo. Don Quijote de la Mancha. Fragmentos.

**MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA**

**ANIMAL  
ELETTRICI**

N.º 3

Woolf, Virginia, 1882-1941

Tres relatos: la marca en la pared, lunes o martes, la señora Dalloway en la calle Bond / Virginia Woolf; traductores Laura Wilches [y otros cinco] ; traducción y prólogo Mario Alejandro Molano Vega. - Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2024.  
70 páginas ; 16 cm. - (Colección animal de letras)

ISBN 978-958-725-357-3

I. Cuentos ingleses. 2. Literatura inglesa 3. Cuentos breves. I. Wilches, Laura, traductora. II. Rodríguez, Valentina, traductora. III. Veloza, Daniela, traductora. IV. Figallo, Sofía, traductora. V. Tesillo García, Carlos Alfredo, traductor. VI. Arias, Sofía, traductora. VII. Molano Vega, Mario Alejandro, traductor y prologuista. VIII. Tit. IX. Serie.

CDD823.912

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano  
Carrera 4 n.º 22-61 Bogotá, D.C., Colombia — PBX: 2427030 — [www.utadeo.edu.co](http://www.utadeo.edu.co)

**Carlos Sánchez Gaitán**  
RECTOR

ISBN impreso: 978-958-725-357-3  
ISBN digital: 978-958-725-358-0

**Felipe César Londoño López**  
VICERRECTOR ACADÉMICO  
VICERRECTOR DE INVESTIGACIÓN,  
CREACIÓN E INNOVACIÓN (E)

DOI: <https://doi.org/10.21789/9789587253573>

**Liliana Álvarez Revelo**  
VICERRECTORA ADMINISTRATIVA

En nombre de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano le agradecemos a usted, el lector de esta obra, por apoyar el trabajo de todas las personas que hacen posible que el conocimiento llegue a sus manos al adquirir este texto de manera legal, así como el interés por el conocimiento que producen nuestros investigadores, y el apoyo que pueda darnos para que éste tenga un mayor alcance.

**Olga Lucia Illera Correal**  
DECANA FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

EQUIPO EDITORIAL UTADEO

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano | Vigilada Mineducación. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución No. 2613 de 14 de agosto de 1959, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 6 años: Resolución 4624 del 21 de marzo de 2018, Mineducación.

**Marco Giraldo Barreto**  
JEFE EDITORIAL

**Sylvana Blanco Estrada**  
**Susan Heilbron Luna**  
DISEÑO EDITORIAL

Impreso en Colombia - Printed in Colombia  
© Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización de la universidad.

**Juan Carlos García Sáenz**  
COORDINACIÓN REVISTAS CIENTÍFICAS

**Sandra Guzmán**  
DISTRIBUCIÓN Y VENTAS

**Lorena Galindo Guerrero**  
ASISTENTE ADMINISTRATIVA



**UTADEO**  
UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO

Virginia Woolf

# Tres relatos

La marca en la pared

Lunes o martes

La señora Dalloway en la calle Bond

Traducciones

Laura Wilches

Valentina Rodríguez

Daniela Veloza

Sofía Figallo

Carlos Tesillo

Sofía Arias

Alejandro Molano



# Contenido

Sobre la colección .....	6
Introducción .....	8
La marca en la pared .....	19
Lunes o martes .....	38
La señora Dalloway en la calle Bond .....	41
El recorrido de <i>La señora Dalloway en la calle Bond</i> .....	61
Sobre la presente traducción .....	63

## Sobre la colección

*Animal de Letras* es una colección que surge del deseo profundo de leer como un acto de afirmación vital y de rebeldía contra la ignorancia, la falta de imaginación y la mediocridad que el mundo actual nos impone. La iniciativa surge de un grupo de profesoras y profesores del programa de Estudios Literarios y Edición de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, y su objetivo es difundir la lectura entre la comunidad universitaria y el público general.

Leer es tener experiencias vívidas con los textos que nos interpelan, que nos cuestionan sobre nosotros mismos y sobre el mundo que habitamos. La lectura despliega nuestra imaginación, activa nuestro pensamiento y ensancha nuestra capacidad de sentir más allá de los estereotipos. Esta colección estará compuesta por textos que estimulan experiencias profundas de lectura. Se tratará de textos breves y fragmentos de obras de la literatura, el pensamiento y las ciencias, escritas por

personas diversas, en diferentes momentos históricos y pertenecientes a culturas variadas. Esperamos ofrecer al público un número semestral, cada uno de ellos presentado por un profesor o profesora quien planteará elementos básicos para introducirse en la lectura propuesta.

Con la colección Animal de Letras esperamos contribuir desde la Facultad de Ciencias Sociales al estímulo de la lectura, fundamental para el desarrollo de personas autorreflexivas, críticas e imaginativas, pero también indispensable para el ejercicio de la ciudadanía y la participación política en una sociedad auténticamente democrática y pluralista.

# Introducción

El 26 de enero de 1920, un día después de su cumpleaños número treinta y ocho, Virginia Woolf escribía en su diario que se sentía muy feliz pues había dado con la idea para una nueva novela. Debía ser una novela en la que una cosa surgiera de otra, de forma fluida y luminosa, manteniendo la forma y el ritmo. Su gran preocupación era poder captar el espíritu humano (*enclose the human heart*) con toda la sinceridad y la amplitud posible: “corazón, pasión, humor, todo tan brillante como el fuego en la neblina”.<sup>1</sup> Dos años después publicaría *La habitación de Jacobo*, y en 1925, aparecería una de sus obras culminantes, sin duda su novela más conocida: *La señora Dalloway*. Rápidamente le seguirían las novelas y ensayos que la convertirían en la mujer más importante de la literatura de vanguardia en lengua

---

1. Annie Bell. *The Diary of Virginia Woolf*. Volumen 2: 1920-1924. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1978. Págs. 13-14.

inglesa: *Al faro* (1927), *Orlando* (1928), *Una habitación propia* (1929) y *Las olas* (1931).

Este asombroso ciclo de intensa creatividad literaria, sin embargo, tiene sus orígenes en relatos experimentales breves, mucho menos conocidos que sus grandes novelas, pero entre los cuales se encuentran pequeñas obras maestras de la literatura moderna; se trata de textos cortos, audaces, íntimos, concebidos algunos incluso como distracciones o jugueteos que se hacían al margen del trabajo convencional. La libertad con la que fueron escritos muchos de estos relatos le permitió a Virginia Woolf experimentar con los temas, los puntos de vista, los narradores, los tiempos, los personajes y los espacios, de suerte que, como ella decía, había cavado un túnel que se expandía cada vez más: había encontrado su propia forma de hacer literatura. Este proceso ocurre especialmente en las dos primeras etapas de escritura de los relatos cortos, entre 1917-1921 y 1923-1929. A la primera etapa pertenecen: *La marca en la pared* (1917), *Los jardines de Kew* (1919), *Una novela no escrita* (1920) y *Lunes o martes* (1921), entre algunos de los más importantes. A la segunda etapa pertenece el ciclo de relatos alrededor de la señora Clarissa Dalloway, dentro de los cuales se

destaca principalmente *La señora Dalloway en la calle Bond* (1923), junto con *El vestido nuevo* (1927), *Juntos y separados* (1944), *El hombre que amaba a su prójimo* (1944) y *Un resumen* (1944). Aunque en su vida Virginia Woolf publicó solamente dieciocho de sus relatos cortos, hoy se conocen en total cuarenta y seis de estas hermosas composiciones.<sup>2</sup>

Pero, ¿qué buscaba nuestra escritora con esta experimentación narrativa? ¿En qué consistía esa experimentación? Ante todo, probablemente en encontrar una vía de escape que liberara a una nueva generación de las costumbres y las formas convencionales de ver el mundo, dominantes en aquel entonces. El cambio generacional quedó marcado por la muerte de Eduardo VII y el ascenso de Jorge V al trono de Inglaterra, en 1910. Virginia Woolf consideraba que ese año había ocurrido un cambio profundo en la sociedad inglesa que revelaba el surgimiento de una forma diferente, quizás más

---

2. Los relatos completos de Virginia Woolf fueron recogidos por Susan Dick en: *The Complete Shorter Fiction*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1989. Existe edición y traducción al castellano realizada por Pablo Ingberg: *Virginia Woolf, Cuentos y relatos completos*. Buenos Aires: Losada, 2021.

libre, de entender el mundo.<sup>3</sup> Empezaba a abrirse paso una mirada hacia el ser humano que no se limitaba a entenderlo como una función social de acuerdo con su clase, su educación o su género, sino que intentaba captar la multiplicidad de sensaciones, emociones, pensamientos, vivencias que se agolpan muchas veces contradictoriamente en nuestro interior. Virginia Woolf y su generación descubrían que las convenciones sociales no agotaban la realidad y la verdad de la existencia; por el contrario, detrás de ellas se encontraba la búsqueda de una vida mucho más libre, de una voz propia y un destino diferente empujando desde la interioridad de nuestro ser. Por esa razón la literatura debía abandonar el pedestal de las historias románticas, el acartonamiento de las descripciones realistas, para construir un nuevo lenguaje literario que fuese capaz de expresar ese anhelo de vida y de libertad que podía volver a conectar la literatura con el público lector.

La tarea no era nada fácil, pues implicaba romper con formas ya convencionales de escritura literaria y,

---

3. Virginia Woolf, "Mr. Bennet and Mrs. Brown", en: Dean R. Badwin, *Virginia Woolf: A Study of The Short Fiction*. Boston: Twayne Publishers, 1989. Págs.: 80 y ss.

a su vez, crear un nuevo público; sin embargo, Virginia Woolf pensaba que aquellos años eran apenas el inicio de una nueva etapa de esplendor en la literatura inglesa. Los frutos de ese experimentalismo que rompió las ventanas para que entrara el aire fresco podemos observarlos hoy en la propia obra de Woolf, así como en la de James Joyce, T.S. Eliot, D. H. Lawrence, E.M. Forster y se extiende también en escritores norteamericanos como William Faulkner y Sylvia Plath.

*La marca en la pared*, el primer relato publicado por Virginia Woolf, representa un punto de partida de aquella enorme tarea. El relato desafía la idea de acción pues en él no encontramos propiamente aventuras, detectives, viajes ni desengaños amorosos. Solo escuchamos a una mujer que recuerda un extraño momento de divagación. La narradora intenta fijar ese recuerdo un día de enero en el que estaba leyendo sentada cómodamente en su sofá frente a la chimenea. De repente se fija en una extraña mancha oscura sobre la pared que desencadena una especie de vagabundeo de su pensamiento. En aquel momento la mente de la mujer queda en libertad para moverse a su antojo, yendo y viniendo entre aquello que observa y las suposiciones, conjeturas y recuerdos que se cruzan por su cabeza. Su pensamiento juega primero

con la idea de que es un agujero que ha dejado un clavo en la superficie de la pared; luego se percatará de que la mancha tiene volumen y parece un pequeño pétalo marchito; y en una tercera suposición, la mancha parecerá ser un clavo o, más exactamente, la cabeza de un clavo que sobresale de la pared. Nada de esto resultará cierto al final de cuentas, pues la mancha es algo totalmente inesperado. Lo que queda, en cambio, es el revoloteo mismo del pensamiento alrededor de un objeto para tratar de captarlo, de entenderlo, de fijarlo..., junto con la sorpresa de no poder hacerlo, la sensación de que la realidad de las cosas se nos escapa continuamente, pues de inmediato nuestra mente construye imágenes e historias con las que crea su propio mundo.

El relato desafía también la idea de la realidad y de la verdad de las cosas, pero lo hace sin recurrir a otro mundo, fantástico o maravilloso, sino mostrando que existe una profunda fractura entre la realidad que construimos con nuestra mente y la existencia silenciosa de las cosas que habitan este mundo más allá de nuestras elucubraciones. Lo que pensamos como realidad se descubre en el relato como una especie de ensoñación colectiva que al cabo de los años envejece y se derrumba, como los códigos de etiqueta y protocolo, a los que ya

nadie hace caso, pero que en alguna época fueron la regla social. Tampoco se trata de ensoñaciones inocentes, sino profundamente problemáticas, pues, se pregunta la protagonista del relato desde su punto de vista femenino: “¿qué es lo ocupa el lugar de esas cosas realmente normales?”, ¿qué fija la realidad ahora de las cosas? Y la respuesta es contundente: “el punto de vista masculino que gobierna nuestras vidas”; la mirada de los hombres que domina sobre la de las mujeres. Percatarse del carácter artificioso y contradictorio de nuestras construcciones de la realidad permite a nuestra protagonista conquistar espacios de libertad (“libertad ilegítima” para la ortodoxia) donde se suspende el efecto restrictivo de lo que es fijado como “normal”.

La reflexión sobre la verdad y sobre la realidad está presente también en *Lunes* o *martes*. Este relato es una pieza maestra de la capacidad de Virginia Woolf para explorar las posibilidades poéticas de la prosa. La pequeña pieza nos presenta la imagen de una garza que desciende en medio de la ciudad y luego emprende de nuevo su vuelo. Al mismo tiempo la voz narrativa intercala escenas de alguien que se pregunta por la verdad y se empeña quizás en escribir; alguien que al mismo tiempo habita la ciudad, escucha sus ruidos y al interior

de un café o, después, en la sala de su casa, junto a la chimenea, lee y recuerda. En *La marca en la pared* los pensamientos alrededor de la existencia de los árboles abrían nuevamente la posibilidad de aproximarse a lo real más allá de nuestras especulaciones. Acá, en *Lunes o martes*, la garza que desciende por un momento a la ciudad para luego continuar su viaje por el cielo, es la figura majestuosa que representa el deseo de conocer esa otredad que no puede reducirse al pensamiento propio y, por eso mismo, se transforma en un emblema de la libertad.

*La señora Dalloway en la calle Bond* constituye otro peldaño en la experimentación narrativa de Virginia Woolf. En este relato la acción se desarrolla durante un recorrido urbano por algunas de las calles más importantes del centro de Londres. Durante el recorrido conocemos a la protagonista, Clarissa Dalloway, una mujer de alrededor de cincuenta y dos años, casada, con una hija, de clase acomodada, quien ofrecerá una fiesta en su casa. La narradora del relato nos permite acceder a la mente de Clarissa que discurre en monólogos interiores que van desarrollándose al ritmo del recorrido y de los pequeños acontecimientos que se le presentan: la gente que pasa, la presencia de algún vagabundo,

un conocido que la saluda, el encuentro con un amigo de infancia, la vista de un monumento... Aunque este discurrir mental de Clarissa no tiene un rumbo lineal organizado, sin embargo, su movimiento oscila alrededor de algunos motivos, como lo hace una pieza musical. Piensa en su infancia y en su juventud; piensa en la guerra y en su amigo Jack Stewart, muerto joven; y piensa en otras mujeres que le causan admiración, como Lady Bexborough y la señorita Anstruther.

En su mirada de mujer madura y acomodada, que ama caminar por las calles de Londres, surgen algunas grietas. Detrás de su orgullo burgués se esconde el sufrimiento por la muerte, la nostalgia por el pasado y la sumisión de las mujeres ante la autoridad de los hombres. También existen grietas en medio del imponente paisaje urbano: algunos vagabundos permanecen en los parques o en las calles sin ser atendidos y el esplendor de algunos monumentos y edificios está mezclado con cierta ridiculez o infantilismo. Entre las fisuras de ese mundo brillante que habita Clarissa Dalloway surge en su memoria el recuerdo de algunos versos del poema *Adonais*, de Percy Shelley, y de *Cymbelino*, de William Shakespeare, que le dan expresión a ese malestar que corre subterráneo. Son dos poemas

elegíacos dedicados a jóvenes muertos prematuramente que nos hablan de haberse librado del “contagio de la lenta mancha del mundo”; de ya no temer más “el calor del sol”, pues los rigores de estar vivo han terminado. Más adelante, mientras finalmente consigue los guantes para su fiesta, cruzará por la cabeza de Clarissa esta idea contundente: “Miles de hombres jóvenes han muerto para que las cosas sigan su rumbo”. Clarissa no ignora las contradicciones profundas que existen en el mundo que al mismo tiempo ama y al cual se aferra sin dudar, pero tampoco sabe muy bien qué hacer con ellas. En este sentido el relato termina abierto, sin una conclusión, algo comprensible si se tiene en cuenta que era pensado como el primer capítulo de *La señora Dalloway*. Así como la explosión que llega de la calle y asusta a la vendedora en el almacén, Clarissa llega a una conclusión tajante: “una no vive para una misma”. Un minuto después reconocerá a la sensual e inteligente señorita Clementina Anstruther, la teórica del arte, lesbiana y librepensadora más polémica de aquellos años. El encuentro de estas dos mujeres sugiere un horizonte abierto, pero no desarrollado, en el que las contradicciones de Clarissa quizás pudieran tomar forma.

Estos tres cuentos que presentamos nos permiten introducirnos al vibrante mundo literario de Virginia Woolf, una escritora para la cual el oficio de narrar consistía en expresar la vida y el deseo de libertad, no importa a qué costo, y especialmente para hacer visible la discriminación de las mujeres en un mundo gobernado por hombres. Esa era para ella la única forma en que la literatura podía recuperar realmente su capacidad de tocar nuestra existencia.

**Mario Alejandro Molano Vega**

Profesor Asistente

Departamento de Literatura

Universidad Nacional de Colombia

# LA MARCA EN LA PARED<sup>4</sup>

Quizás fue a mediados de enero de este año cuando levanté la mirada por primera vez y vi la marca en la pared. Para fijar una fecha es necesario recordar lo que una vio. Entonces pienso en el fuego, la constante capa de luz amarilla sobre la página de mi libro, los tres crisantemos en el cuenco redondo de cristal en la repisa de la chimenea. Sí, seguramente era invierno y acabábamos de tomar té, pues recuerdo que estaba fumando un cigarrillo cuando levanté la

---

4. Traducido por Laura Wilches, Valentina Rodríguez y Daniela Veloza, corregida por Alejandro Molano, a partir de la edición de 1919.

mirada y vi la marca en la pared por primera vez. Miré a través del humo de mi cigarrillo y mi mirada se posó por un momento en el carbón ardiendo, y aquella vieja fantasía de la bandera carmesí ondeando en la torre del castillo me vino a la mente, y pensé en la cabalgata de caballeros rojos subiendo la ladera de la roca negra. Para mi alivio la visión de la marca interrumpió la fantasía, una fantasía vieja, automática, quizás creada en la infancia. La marca era pequeña, redonda y negra sobre la pared blanca, situada a seis o siete pulgadas por encima de la chimenea.

Con qué rapidez nuestros pensamientos revolotean sobre un nuevo objeto, elevándolo por unos instantes, como hormigas que cargan febrilmente una brizna de paja, y luego la abandonan... Si un clavo causó esa, no pudo haber sido para un cuadro, debió haber sido para una miniatura: la miniatura de una dama con rizos blancos, mejillas empolvadas, y labios como claveles rojos. Una imitación<sup>5</sup> desde luego, porque la gente que vivía aquí antes que nosotros habría escogido cuadros

---

5. Traducimos "A fraud" por "una imitación" puesto que la frase se refiere a un tipo de obra decorativa que no tiene valor artístico por sí misma.

de esa manera: un cuadro antiguo para una habitación antigua. Esa es la clase de personas que eran, personas muy interesantes, y pienso en ellas muy seguido, en lugares tan extraños, porque nunca las volveré a ver de nuevo, nunca sabré qué pasó después. Ella llevaba una gargantilla de franela y él dibujaba carteles para una empresa de avena; querían dejar esta casa para cambiar el estilo de muebles, eso dijo él, y estaba en proceso de decir que, en su opinión, el arte debería tener ideas que lo justificaran, cuando fuimos separados, como cuando a una la separan de la anciana que está a punto de servir el té y del joven que está a punto de golpear la pelota de tenis en el jardín trasero de la casa de campo cuando se pasa a toda prisa en tren.

Pero en cuanto a la marca, no estoy segura de ella; no creo que haya sido hecha por un clavo, después de todo, es demasiado grande, demasiado redonda para eso. Podría levantarme, pero si me levanto y la miro, diez a uno a que no podría decirlo con certeza, porque una vez una cosa está hecha, nadie nunca sabe cómo pasó. ¡Dios mío!, ¡el misterio de la vida! ¡La incertidumbre del pensamiento! ¡La ignorancia de la humanidad! Para demostrar el escaso control que tenemos de nuestras posesiones, lo accidental que es vivir después

de toda nuestra civilización, permítanme enumerar algunas de las cosas perdidas en una vida, comenzando por la que parece la más misteriosa: ¿qué gato roería, qué rata mordisquearía, tres cajas azul pálido de herramientas para encuadernación? Luego vinieron las jaulas de los pájaros, los aros de hierro, los patines de acero, la carbonera de la Reina Ana<sup>6</sup>, el tablero de juegos<sup>7</sup>, el organillo: todos perdidos, y las joyas también. Ópalos y esmeraldas yacen sobre las raíces de los nabos. ¡Qué inútil y agotador asunto es la certeza! Lo maravilloso es que tenga ropa sobre mi espalda, que esté aquí sentada en medio de muebles sólidos. Porque... ¡si una quiere comparar la vida con algo, debe compararse con ser lanzada por el túnel del metro a cincuenta millas por hora, aterrizando en el otro extremo sin una sola

---

6. La carbonera es un utensilio para almacenar el carbón que se va a usar luego para la calefacción. Suele tener forma de cilindro o de cono y se ubica junto a la chimenea o la estufa. En este caso, la carbonera sería alusiva a la reina Ana Estuardo (1665-1714), considerada la primera soberana del reino unificado de Gran Bretaña (Inglaterra y Escocia) al que se anexionó también Irlanda. Ana Estuardo ha suscitado gran interés por sus actuaciones políticas, pero también por su vida privada por los numerosos abortos e hijos nacidos muertos y por la relación sentimental que habría sostenido con su consejera Sarah Chruhill.

7. The *bagatelle board* se refiere a un tipo de juego de mesa en el que se trata de superar obstáculos haciendo mover una o varias esferas.

horquilla en el cabello! ¡Arrojada a los pies de Dios completamente desnuda! ¡Dando volteretas en los prados asfódelos<sup>8</sup> como los sobres de manila arrojados por el tobogán de la oficina postal! Con el cabello volando hacia atrás como la cola de un caballo de carreras. Sí, eso parece reflejar la rapidez de la vida, el perpetuo des- echar y reparar; todo tan pasajero, tan arbitrario...

Pero, después de la vida. La lenta caída de los gruesos sépalos verdes para que el cáliz de la flor, al girar, la inunde a una con luz morada y roja. ¿Por qué no habría de nacer una allá como lo hace aquí: indefensa, muda, incapaz de enfocar la vista, tanteando las raíces de la hierba, a los pies de los Gigantes? En cuanto a decir cuáles son árboles y cuáles son hombres y mujeres, o si existen tales cosas, no se estará en condición de hacerlo durante cincuenta años aproximadamente. No habrá nada más que espacios de brillo y tinieblas, entrecruzados por tallos gruesos, y más arriba, quizás, manchas en formas de rosa de un color indistinto, rosados y

---

8. Los prados asfódelos son la primera de las tres secciones en que está dividido el Hades, el mundo de los muertos de la mitología griega. Las otras dos secciones son Los campos Eliseos y el Tártaro. Esta primera sección está reservada para las almas que no merecen premio ni castigo y está formada por las flores del género asfódelos.

azules tenues, que a medida que pasa el tiempo se volverán más definidas, se volverán... no sé qué.

Y, sin embargo, esa marca en la pared definitivamente no es un agujero. Hasta es posible que haya sido causada por algo negro y redondo, como el pétalo de una rosa, olvidado allí desde el verano, y yo, que no soy una ama de casa muy cuidadosa... Miren, por ejemplo, el polvo sobre la repisa de la chimenea, el polvo que, según dicen, enterró a Troya tres veces, y del que solo sobrevivieron fragmentos de vasijas que se negaron rotundamente a la aniquilación, según se cree. Pero conozco una ama de casa, una mujer con perfil de policía, aquellos pequeños botones redondos marcados incluso en el borde de su sombra; una mujer con escoba en mano, un pulgar en los marcos de las fotos, un ojo debajo de las camas y siempre hablando de arte. Se está acercando más y más; y ahora, señalando ciertas manchas de óxido amarillo en el guardabarros, se pone tan amenazante que para quitármela de encima debo actuar: debo levantarme y ver por mí misma qué es esa mancha...

Pero no. Me niego a ser derrumbada. No me moveré. No la reconoceré. Mira, ya se desvanece. Estoy muy cerca de librarme de ella y de sus insinuaciones,

las cuales puedo escuchar claramente. Sin embargo, está envuelta en el patetismo de todas las personas que desean llegar a un acuerdo. ¿Y por qué debería resentirme el hecho de que tenga algunos libros en su casa, una pintura o dos? Pero lo que realmente me molesta es que ella me tenga resentimiento, después de todo, la vida es una cuestión de ataque y defensa. En otra ocasión lo discutiré con ella; ahora no. Debe irse.

El árbol frente a la ventana golpea suavemente el vidrio... Pero yo quiero pensar en silencio, en calma, tener espacio para pensar sin que nunca me interrumpen, nunca tener que levantarme de mi silla, deslizarme fácilmente de una cosa a otra, sin ninguna sensación de hostilidad, u obstáculo. Quiero sumergirme más y más, lejos de la superficie con sus hechos duros y aislados. Para estabilizarme, permítanme agarrarme de la primera idea que pase. Shakespeare... Bueno, ese tema servirá tan bien como cualquiera. Un hombre que se sentaba durante horas en un sillón y observaba al fuego, y... una lluvia de ideas caía sobre su mente desde algún Cielo muy alto. Apoyaba la frente en su mano, y la gente, mirando a través de la puerta abierta... porque se supone que esta escena tiene lugar una noche de verano... Pero, ¡qué tontería esta ficción histórica! No

me interesa en absoluto. Desearía encontrar un rumbo de pensamientos agradables, un rumbo que indirectamente reflejara confianza en mí misma, pues esos son los pensamientos más agradables, y los más frecuentes incluso en la mente de gente modesta y gris, que cree genuinamente que no es agradable escuchar elogios. Pero estos no son pensamientos en los que una se alabe directamente, esa es su belleza. Son pensamientos como este:

“Y luego entré en la habitación. Estaban discutiendo sobre botánica. Hablé de cómo había visto crecer una flor en un montón de polvo en el solar de una antigua casa en Kingsway. La semilla, dije, debía haber sido sembrada en el reinado de Carlos I. ¿Qué flores crecían en el reinado de Carlos I?, pregunté, (pero no recuerdo la respuesta). Flores altas con espiguillas moradas para ellos quizás”. Y así sucesivamente. Todo el tiempo intento embellecer mentalmente mi propia imagen, amorosamente, a hurtadillas, sin adorarla abiertamente, pues si lo hiciera, me agarraría con las manos en la masa, y extendería mi mano por un libro de inmediato como autoprotección. De hecho, es curiosa la manera tan instintiva como protegemos nuestra propia imagen de la idolatría o de cualquier otra manipulación que

pueda hacerla ver ridícula, o demasiado distinta de la original como para seguir creyendo en ella. ¿O quizá no es tan curioso, después de todo? Es una cuestión de suma importancia. Supongamos que el espejo se rompe, la imagen desaparece, y la figura romántica con el verde de las profundidades del bosque a su alrededor, ya no existe, sino solo esa cáscara de una persona que es vista por otras personas: ¡qué sofocante, superficial, baldío, frívolo se vuelve el mundo! Un mundo en el que no se puede vivir. Mientras nos enfrentamos unos a otros en autobuses y trenes subterráneos nos estamos mirando en el espejo; eso explica la ambigüedad, el brillo vidrioso de nuestros ojos. Y los novelistas en el futuro se darán más y más cuenta de la importancia de estos reflejos,<sup>9</sup> pero por supuesto no hay solo un reflejo sino un número casi infinito de estos; esas son las profundidades que explorarán, esos los fantasmas que perseguirán, dejando la descripción de la realidad

---

9. La palabra que utiliza Virginia Woolf es *reflections*, que significa, de una parte, la imagen que nos devuelve un espejo, pero también el efecto físico de rebote de la luz, el calor o el sonido al chocar con una determinada superficie; y de otra parte la palabra se refiere al acto de considerar un asunto con detenimiento. Elegimos conservar el primer sentido, pues el tema de las oraciones anteriores es justamente la imagen de nosotros mismos que vemos reflejada en la mirada de los demás.

más y más afuera de sus historias, dando por sentado su conocimiento, como hicieron los griegos y quizás Shakespeare; pero estas generalizaciones carecen de valor. El sonido militar de la palabra<sup>10</sup> es suficiente. Evoca artículos destacados, ministros de gabinete, toda una clase de cosas, que de hecho, de niña pensaba que eran la cosa misma, la cosa estándar, la cosa real, de la que una no podía alejarse salvo a riesgo de una condena inenabarrable. Las generalizaciones traen de vuelta, de algún modo, los domingos en Londres, los paseos de domingo por la tarde, los almuerzos de domingo, y también maneras de hablar de los muertos, la ropa y las costumbres, como la costumbre de sentarnos todos juntos en una habitación hasta cierta hora, aunque a nadie le gustaba. Había una regla para todo. La regla para los manteles en aquella época en particular era que debían estar hechos de lienzo bordado con pequeños compartimientos amarillos marcados, como se puede ver en las fotografías de las alfombras en los pasillos de los palacios reales. Los manteles de otro estilo no eran manteles de verdad. Qué impactante y, sin embargo, qué maravilloso fue descubrir que estas cosas reales: almuerzos

---

10. La narradora se refiere acá al sonido de la palabra *generalizations*.

de domingo, paseos de domingo, casas de campo y manteles, no eran del todo reales, eran de hecho medio fantasmales, y la condena que visitaba al incrédulo era solo una sensación de libertad ilegítima. ¿Qué ocupa ahora el lugar de esas cosas, me pregunto, esas cosas reales y estándar? Los hombres quizá, si fueras una mujer; el punto de vista masculino que gobierna nuestra vida, que impone la norma, que establece la Tabla de Precedencia del almanaque Whitaker<sup>11</sup>; que desde la guerra se ha convertido, supongo, en una especie de delirio para muchos hombres y mujeres, y que uno esperaría que pronto será tan ridículo que terminaría en misma cesta de la basura donde van a parar los fantasmas, los estantes de caoba, los grabados de Landseer<sup>12</sup>, los dioses y los demonios, el infierno y todo lo demás,

---

11. Se refiere a una de las tablas incluidas en el Almanaque de Whitaker, libro de referencia general muy conocido en el Reino Unido. El Almanaque de Whitaker comenzó a publicarse en 1868 por la editorial J. Whitaker & Sons. El Almanaque contiene artículos de interés general y de actualidad, listas de instituciones y personalidades y tablas con información relevante. La *Tabla de Precedencia* es una guía de protocolo que establece de forma rigurosa el orden jerárquico de las personalidades políticas y religiosas.

12. Sir Edwin Henry Landseer (1802-1873), pintor inglés especialmente conocido por sus pinturas de animales.

dejándonos a todos con una embriagadora sensación de libertad ilegítima, si es que la libertad existe...

Bajo cierta luz, esa marca en la pared en realidad parece sobresalir de la pared. Tampoco es completamente circular. No puedo afirmarlo con certeza, pero parece proyectar una sombra perceptible, sugiriendo que si paso mi dedo por esa franja de la pared, en cierto punto, subiría y descendería por un pequeño túmulo, un túmulo liso como esos montículos en South Downs que son, según dicen, tumbas o campamentos.<sup>13</sup> De ambas posibilidades preferiría que fueran tumbas, pues disfruto la melancolía como la mayoría de los ingleses, y me parece natural pensar en los huesos que yacen bajo la hierba al final de una caminata... Debe haber algún libro sobre esto. Tal vez algún coleccionista de antigüedades hay desenterrado esos huesos y les haya dado nombre... Me pregunto que clase de personas son los coleccionistas de antigüedades. En su mayoría, coroneles retirados, me atrevería a decir, viejos que pasan su tiempo organizando recorridos arqueológicos

---

13. Los montículos de South Downs están ubicados al suroeste de Inglaterra, en el condado de Sussex y forman parte del Parque Nacional South Downs.

para grupos de obreros jubilados, examinando terrones de tierra y piedra, y entablando correspondencia con los curas del pueblo, cartas que, al ser abiertas a la hora del desayuno los llenan de una sensación de importancia porque, además, la comparación de las puntas de flecha requiere viajes a través del país, a los condados, una necesidad agradable tanto para ellos como para sus ancianas esposas, que desean hacer mermelada de ciruela o limpiar el estudio, y tienen todas las razones para mantener en suspenso perpetuo el asunto de las tumbas y los campamentos, mientras que el coronel mismo se siente plácidamente filosófico al acumular evidencia sobre ambas posibilidades. Es verdad que finalmente él se inclina más a creer en el asentamiento, y que al recibir argumentos en contra, arroja todas sus puntas de flecha en un saco, y al ser nuevamente objetado, escribe un panfleto que está a punto de leer en la reunión trimestral de la comunidad local cuando un derrame cerebral lo derriba, y sus últimos pensamientos conscientes no son sobre su esposa o su hijo, sino sobre el asentamiento y aquella punta de flecha que ahora está en una vitrina del museo local, junto con la mano de una asesina china, un puñado de clavos isabelinos, un gran número de pipas de arcilla Tudor, una pieza

de cerámica romana, y la copa de vino de la que bebió Nelson<sup>14</sup>, demostrando no sé muy bien qué.

No, no, nada queda demostrado, nada sabemos. Y si me levantara en este mismo momento y determinara que la marca en la pared es realmente, ¿qué diríamos?, la cabeza de un viejo clavo gigantesco, clavado hace doscientos años, que ahora, debido al paciente desgaste de muchas generaciones de criadas, ha asomado su cabeza por encima de la capa de pintura, y está contemplando por primera vez la vida moderna a la vista de una habitación de paredes blancas iluminada por el fuego, ¿qué ganaría? ¿Conocimiento? ¿Materia para más especulaciones? Puedo pensar tanto sentada como de pie. ¿Y qué es el conocimiento? ¿Qué son nuestros sabios sino los descendientes de brujas y ermitaños que se agazapaban en cuevas y bosques mezclando hierbas, interrogando musarañas y transcribiendo el lenguaje de las estrellas? Y los honramos cada vez menos a medida que nuestras supersticiones disminuyen y aumenta nuestro respeto por la belleza y la salud mental... Sí,

---

14. Horatio Nelson (1758-1805) fue almirante de la marina británica muy conocido por sus importantes victorias en las guerras revolucionarias francesas y en las guerras napoleónicas.

uno podría imaginar un mundo muy placentero. Un mundo tranquilo, espacioso, con flores muy rojas y azules en los campos abiertos. Un mundo sin profesores ni especialistas ni amas de llaves con perfil de policía, un mundo que uno podría cortar con su pensamiento, como un pez corta el agua con su aleta, rozando los tallos de los nenúfares, y colgando suspendidos sobre nidos de erizos blancos de mar<sup>15</sup>... ¡Qué pacífico es aquí abajo, arraigado en el centro del mundo y mirando hacia arriba a través de las aguas grises, con sus repentinos destellos de luz, y sus reflejos!... ¡si no fuera por el Almanaque de Whitaker, si no fuera por la Tabla de Precedencia!

Debo levantarme de un salto y ver por mí misma qué es realmente esa marca en la pared: ¿un clavo, un pétalo de rosa, una grieta en la madera?

Aquí está la Naturaleza una vez más en su viejo juego de autoconservación. Este rumbo de pensamiento, percibe, está amenazando con ser solo un desperdicio de energía, incluso algún choque con la realidad,

---

15. *White sea eggs* es la denominación de una especie de erizo blanco de mar muy común en el mar caribe. Esta denominación proviene de las Antillas británicas.

porque ¿quién será capaz alguna vez de levantar un dedo contra la Tabla de Precedencia de Whitaker? El arzobispo de Canterbury es seguido por el Lord presidente de la Cámara de los Lores; el Lord presidente de la Cámara de los Lores es seguido por el arzobispo de York. Todo el mundo sigue a alguien, tal es la filosofía de Whitaker; y lo importante es saber quién sigue a quién. Whitaker lo sabe, y deja que eso—así aconseja la Naturaleza—te consuele, en lugar de enfurecerte; y si no te consuela, si debes destrozarte esta hora de paz, piensa en la marca en la pared.

Comprendo el juego de la Naturaleza, incitando a tomar acción como una forma de acabar con cualquier pensamiento que amenace con excitar o causar dolor. De ahí, supongo, viene nuestro ligero desprecio por los hombres de acción; hombres, asumimos, que no piensan. Aun así, no hay nada malo en ponerle punto final a nuestros pensamientos desagradables mirando una marca en la pared.

De hecho, ahora que he fijado la vista en ella, siento que he agarrado una tabla en el mar; siento una satisfactoria sensación de realidad que a la vez convierte a los dos arzobispos y al Lord presidente de la Cámara de los Lores en sombras de las sombras.

Aquí hay algo definitivo, algo real. Así, al despertar de un sueño de horror a medianoche, una enciende apresuradamente la luz y se queda quieta, adorando el armario, adorando la solidez, adorando la realidad, adorando el mundo impersonal que es una prueba de alguna existencia distinta a la nuestra. Eso es de lo que una quiere estar segura... La madera es una cosa placentera en la que pensar. Proviene de un árbol, y los árboles crecen, y no sabemos cómo crecen. Durante años y años crecen, sin prestarnos atención alguna, en prados, en bosques y a las orillas de los ríos: cosas en las que a una le gusta pensar. Las vacas agitan sus colas debajo de ellos en las tardes calurosas; pintan los ríos tan verdes que cuando una gallineta se zambulle uno espera ver sus plumas totalmente verdes cuando emerge nuevamente. Me gusta pensar en los peces balanceándose contra la corriente como banderas ondeando; y en los escarabajos de agua elevando lentamente domos de barro sobre el lecho del río. Me gusta pensar en el árbol mismo: primero, la sensación de sólida sequedad de la madera; luego está el rugir de la tormenta; luego el lento, delicioso rezumar de la savia. Me gusta pensar en él también en noches de invierno, de pie, en el campo vacío con todas las hojas recogidas,

nada tierno expuesto a las balas de hierro de la luna, un mástil desnudo sobre una tierra que va girando, girando durante toda la noche. El canto de los pájaros debe sonar muy fuerte y extraño en junio; y qué fríos se deben sentir los pies de los insectos sobre él, mientras avanzan laboriosamente por los pliegues de la corteza, o se asolean sobre el fino toldo verde de las hojas, y miran directo frente a ellos con grandes ojos rojos en forma de diamantes tallados... Una a una las fibras se quiebran bajo la inmensa presión fría de la tierra; luego llega la última tormenta y, al caer, las ramas más altas vuelven a clavarse profundamente en el suelo. Aun así, la vida no ha terminado con ello; aún hay un millón de pacientes y vigilantes vidas para un árbol, en todo el mundo, en habitaciones, en barcos, en aceras; recubriendo habitaciones donde hombres y mujeres se sientan después del té a fumar sus cigarrillos. Está lleno de pensamientos serenos, de pensamientos felices, este árbol. Me debería gustar tomar cada uno por separado, pero algo se interpone en el camino... ¿Dónde estaba? ¿De qué ha tratado todo esto? ¿Un árbol? ¿Un río? ¿Los Downs? ¿El almanaque de Whitaker? ¿Los prados de asfódelos? No puedo acordarme de nada. Todo se está moviendo, cayendo, deslizándose, desapareciendo...

Hay una vasta agitación de la materia. Alguien me está vigilando de cerca y dice:

—Voy a salir a comprar un periódico.

—¿Sí?

—Aunque es inútil comprar periódicos... Nunca pasa nada. ¡Maldita sea esta guerra! ¡Dios maldiga esta guerra! De todas formas, no veo por qué deberíamos tener un caracol en nuestra pared.

¡Ah, la marca en la pared! Era un caracol.

## LUNES O MARTES<sup>16</sup>

**P**erezosa e indiferente, sacudiendo fácilmente el espacio de sus alas, segura de su camino, la garza pasa sobre la iglesia mientras cruza el cielo. Blanco y distante, absorto en sí mismo, interminablemente el cielo se cubre y descubre, se mueve y permanece. ¿Un lago? ¡Hay que borrar sus orillas! ¿Una montaña? Oh, perfecto —el sol dorado sobre la cuesta—. Desciende. Helechos pues, o plumas blancas, por siempre, interminablemente...

Deseando la verdad, aguardándola, destilando laboriosamente unas cuantas palabras, siempre deseando —se escucha un grito por la izquierda, otro a la

---

16. Traducción por Alejandro Molano.

derecha—. Las ruedas se mueven en diferentes direcciones. Los autobuses se aglomeran en oposición —siempre deseando—, el reloj afirma con doce claras campanadas que es mediodía; la luz derrama escamas doradas; los niños revolotean, —siempre deseando la verdad—. Roja es la cúpula; monedas suspendidas en los árboles; columnas de humo ascendiendo de las chimeneas; ladridos, gritos, “se vende hierro” —¿y la verdad?

Dirigiéndose hacia un punto en común, pies de hombres y pies de mujeres, negros o recubierto de oro —“¡Que neblina!”. “¿Azúcar? No, gracias”. La mancomunidad del futuro”— la luz del fuego se derrama y tiñe la habitación de rojo, salvo por las figuras negras y sus ojos brillantes, mientras afuera un auto despidе humo, la señorita Comosellame toma el té en su escritorio, y una vitrina preserva los abrigos de piel...

Presumida, ligera como una hoja, a la deriva en las curvas, volando sobre las ruedas, salpicada de plata, en casa o no en casa, recogida, extendida, derrochada, disipada en diferentes partes, arrastrada, acabada, rasgada, hundida, ensamblada —¿y la verdad?

Y ahora a recordar junto al fuego en el cuadrado blanco de mármol. Las palabras que surgen desde las profundidades de marfil se despojan de su oscuridad,

florecen y penetran. El libro ha caído; la llama, el humo, los destellos momentáneos... O viajando ahora, la pieza de mármol suspendida bajo minaretes y los mares de la India, mientras el espacio se precipita azul y las estrellas brillan... ¿La verdad? O, tal vez, ¿contenta con la intimidad?

Perezosa e indiferente la garza regresa; el cielo oculta sus estrellas y luego las muestra.

# LA SEÑORA DALLOWAY EN LA CALLE BOND<sup>17</sup>

**L**a señora Dalloway dijo que ella misma compraría los guantes.

El Big Ben estaba sonando cuando puso un pie en la calle. Eran las once en punto y la nueva hora era fresca, como destinada a los niños en la playa. Pero había algo solemne en el deliberado balanceo de las campanadas repetidas; algo palpitante en el murmullo de ruedas y el arrastrar de pisadas.

---

17. Traducido por Ana Sofía Figallo Godoy, Carlos Alfredo Tesillo García y Sofía Arias. Corregido por Alejandro Molano.

Sin duda, no todos ellos estaban destinados a recados de felicidad. Hay mucho más que decir sobre nosotros, aparte de que caminamos por las calles de Westminster. Incluso el Big Ben no sería nada más que varas de metal consumidas por el óxido, si no fuera por el cuidado del Ministerio de Obras Públicas. Solo para la señora Dalloway el momento era completo; para la señora Dalloway junio estaba fresco. Una infancia feliz... Y no era solo para sus hijas que Justin Parry había parecido un buen tipo (débil, por supuesto, en el estrado); flores al anochecer, humo ascendiendo; el graznido de los cuervos descendiendo siempre desde tan alto, cayendo, cayendo a través del aire de octubre... No hay nada que tome el lugar de la infancia. Una hoja de menta la trae de vuelta; o una taza con un borde azul.

Pobres desdichados, suspiró y siguió adelante.  
¡Oh!, ¡justo en sus narices, maldición!<sup>18</sup> Y allí se quedó,

---

18. La expresión *right under the horses' noses* traduce literalmente “justo bajo las narices de los caballos”, pero hemos optado por interpretarlo como una frase idiomática que se refiere a algo que ocurre a la vista de las personas que se supone deberían evitarlo o controlarlo. Igualmente, la expresión *you little demon*, literalmente “tú pequeño demonio”, es una exclamación coloquial que expresa disgusto o enojo.

en el borde de la acera extendiendo su mano, mientras Jimmy Dawes sonreía desde el lado opuesto.

Una mujer encantadora, serena y entusiasta; extrañamente canosa para sus mejillas rosadas, así la vio Scope Purvis, C.B.<sup>19</sup>, mientras él se apresuraba a su oficina. Ella se puso un poco tensa, esperando a que el auto de Durtnall pasara. El Big Ben dio la décima, dio la undécima campanada. Los círculos plomizos se disolvieron en el aire. El orgullo la mantenía erguida, heredera, partícipe, familiarizada con la disciplina y el sufrimiento. Cómo sufría la gente, cómo sufrían ellas, pensó, pensando en la señora Foxcroft en la embajada la noche anterior, cubierta de joyas, remordiéndole el corazón, pues aquel joven simpático había muerto, y ahora la antigua casa señorial (cruzó el auto de Durtnall) debía pasar a un primo.

—¡Buenos días para ti! —dijo Hugh Whitbread levantando su sombrero, extravagantemente junto a la tienda de porcelana china, pues se habían conocido desde niños—. ¿A dónde vas?

---

19. Compañero de la Orden del Baño. Es una orden de caballería británica fundada por el rey Jorge I en 1725. El nombre proviene de la ceremonia medieval para el nombramiento de los caballeros, dentro de la cual el baño era un importante símbolo de purificación.

—Amo caminar por Londres —dijo la Señora Dalloway—. ¡Realmente es mejor que caminar por el campo!

—Nosotros acabamos de llegar —dijo Hugh Whitbread—. Desafortunadamente para visitar doctores.

—¿Milly? —dijo la Señora Dalloway, de inmediato compasiva.

—Se siente mal —dijo Hugh Whitbread—. Ese tipo de cosas... ¿Y Dick, bien?

—¡De primera! —dijo Clarissa.

Por supuesto, pensó, mientras caminaba, Milly es casi de mi edad: cincuenta, cincuenta y dos. Entonces, probablemente es eso, la actitud de Hugh lo ha dicho, lo dijo perfectamente... querido Hugh, pensó la Señora Dalloway, recordando con alegría, con gratitud, con emoción, cuán tímido Hugh había sido siempre, como un hermano —una preferiría morir que hablar con su hermano—, cuando estaba en Oxford, y regresaba, quizá una de ellas (¡qué pena!) no podía cabalgar. ¿Cómo podrían las mujeres sentarse entonces en el parlamento? ¿Cómo podrían hacer cosas con los hombres? Pues hay un instinto extraordinariamente profundo, algo dentro de una que no puedes superar, de nada sirve

intentar, y hombres como Hugh lo respetan sin que lo digamos, que es lo que una ama —pensó Clarissa— en el querido Hugh.

Había pasado a través del Arco del Almirantazgo y vio, al final de la avenida vacía con sus árboles delgados, el montículo blanco de Victoria,<sup>20</sup> emanando maternidad, amplitud y familiaridad, siempre ridículo, y sin embargo tan sublime, pensó la señora Dalloway, recordando los jardines de Kensington, y la anciana con gafas de hueso recibiendo la indicación de la niñera de detenerse y hacerle reverencia a la reina. La bandera ondeó sobre el palacio. El rey y la reina habían regresado entonces. Dick se había reunido con ella en el almuerzo el otro día: una mujer absolutamente amable. Muy importante para los pobres, pensó Clarissa, y para los soldados. Un hombre en bronce se erguía heroicamente en un pedestal con un arma del

---

20. El Arco del Almirantazgo es un edificio emblemático de la ciudad de Londres con forma de arco triunfal. El edificio permite el paso vehicular y peatonal a la avenida La Alameda (*The Mall*) que desemboca, hacia el suroccidente, en el Monumento a Victoria, justo en frente del Palacio de Buckingham; y hacia el noroeste, se dirige hacia la Plaza de Trafalgar (*Trafalgar Square*).

lado de la mano izquierda: la guerra de Sudáfrica.<sup>21</sup> Es importante, pensó la señora Dalloway, caminando hacia el Palacio de Buckingham. Allí se erigía cuadrado, bajo la luz del sol, inflexible, desnudo. Pero era el carácter, pensó ella, algo innato en la raza, lo que respetaban los indios. La reina iba a hospitales, inauguraba bazares: la reina de Inglaterra, pensó Clarissa, mirando el palacio. A esa hora un auto se detuvo frente a las puertas, los soldados saludaron, las rejas se cerraron. Y Clarissa, cruzando la avenida, entró al parque, manteniéndose erguida.

Junio había arrancado cada hoja de los árboles. Las madres de Westminster con sus pechos moteados amamantaban a sus pequeños. Y jovencitas bastante respetables se tendían en el pasto. Un anciano, agachándose con dificultad, recogió un papel arrugado, lo desdobló y lo tiró lejos ¡Qué horrible! Anoche en la embajada, Sir Dighton había dicho: “Si necesito que

---

21. Se refiere al Monumento de los Marines Reales, ubicado en la acera norte de la avenida de La Alameda (*The Mall*), frente al Arco del Almirantazgo. El monumento está dedicado a los soldados que murieron en la segunda guerra del Imperio británico contra las repúblicas bóeres (1899-1902). Los bóeres o afrikáneres (africanos blancos descendientes de holandeses) fueron derrotados por el ejército británico y las repúblicas independientes de Transvaal y el Estado libre de Orange fueron disueltas.

alguien sostenga mi caballo, solo tengo que levantar la mano.” Pero la cuestión religiosa es mucho más seria que la económica, había dicho Sir Dighton, lo que ella consideró extraordinariamente interesante, viniendo de un hombre como Sir Dighton. “Oh, el país nunca sabrá lo que ha perdido”, había dicho él, hablando por iniciativa propia, acerca del querido Jack Stewart.

Subió la pequeña colina suavemente. El aire se agitaba con energía. Pasaban mensajes de la Flota al Almirantazgo. Picadilly y la calle Arlington y la Alameda parecían rozar el propio aire en el parque, y levantaban sus hojas con ardor, radiantemente, en oleadas de esa divina vitalidad que Clarissa amaba. Montar, bailar, ella había adorado todo eso. O ir en largas caminatas por el campo, hablando sobre libros, sobre qué hacer con la vida de una, porque los jóvenes eran asombrosamente pedantes... ¡Oh, las cosas que una había dicho! Pero una tenía convicción. La madurez es el diablo. Personas como Jack nunca sabrán eso, pensó, pues él nunca pensó en la muerte ni una sola vez; nunca supo que estaba muriendo, decían. Y ya nunca podrá lamentar —¿cómo lo haría?— una cabeza encanecida... Por el contagio de la lenta mancha del mundo..., se ha bebido su copa una o dos rondas

antes... ¡Del contagio de la lenta mancha del mundo!<sup>22</sup>  
Se mantuvo erguida.

¡Cómo habría gritado Jack! ¡Citando a Shelley, en Piccadilly! “Necesitas una pinza”, habría dicho; odiaba a las desarregladas. “¡Por Dios, Clarissa! ¡Por Dios, Clarissa!”, podía escucharlo ahora en la fiesta de la casa Devonshire, hablando de la pobre Sylvia Hunt con su collar ámbar y la vieja seda desaliñada. Clarissa se enderezó al darse cuenta de que había hablado en voz alta, y ahora estaba en Piccadilly, pasando por

---

22. Mrs. Dalloway está recordando acá los versos de dos poemas. El primero es un fragmento del poema *Adonais*, una elegía por la muerte prematura del poeta John Keats, escrito por Percy Bysshe Shelley, en 1821. Recita mentalmente algunos versos de la estrofa XL, que volverá a recordar más adelante. La estrofa dice: “se libró del contagio de esta lenta/ mancha del mundo, y no podrá ya nunca/ gemir en vano cuando el tiempo torne/ helado el corazón, gris la cabeza,./ ni al dejar de arder el alma misma/ llenarán sus cenizas sin fulgor, /urna desamparada por el llanto”. Traducción de Manuel Altolaguirre y Antonio Castro Leal. El segundo poema que recuerda es el fragmento XXI de los versos del poeta iraní Omar Jayam (1048-1131) conocidos como *Rubáiyát* en el mundo occidental, gracias a la traducción inglesa de Edward Fitzgerald que apareció por primera vez en 1859. El fragmento completo dice: “¡Oh!, quienes amamos, los más amados y los mejores/ que el Tiempo y el Destino en toda su antigüedad nos prestó/ han bebido de su copa una ronda o dos antes/ y uno por uno se deslizaron silenciosamente a su descanso.” Traducción, Alejandro Molano. Edward Fitzgerald. *Rubáiyát of Omar Khayyam*. Nueva York, Oxford University Press, 2009.

la casa con esbeltas columnas verdes, y los balcones; pasando por las ventanas del club llenas de periódicos; pasando por la casa de la vieja Lady Burdett Coutts donde el loro blanco de porcelana solía estar colgado; y la casa Devonshire, sin sus leopardos dorados; y Claridge's, donde ella debía recordar que Dick quería que dejara una tarjeta a la señora Jepson antes de que se fuera. Los ricos americanos pueden ser encantadores. Ahí estaba el palacio de St. James, como un juego de niños con ladrillos; y ahora —había pasado la calle Bond— estaba cerca de la librería Hatchards. El flujo era interminable, interminable, interminable. Lords, Ascot, Hurlingham, ¿cuál era? Qué encantador, pensó mirando a la portada de un libro de memorias abierto en la vitrina, Sir Joshua, quizás, o Romney<sup>23</sup>. Pícara, radiante, recatada; la clase de chica —como su Elizabeth— la única verdadera clase de chica. Y ahí estaba ese absurdo libro, *Soapy Sponge*<sup>24</sup>, que Jim solía

---

23. Referencia a los artistas: Sir Joshua Reynolds (1723-1792), influyente pintor inglés del siglo XVIII, especialista en retratos y promotor del "Gran estilo" en pintura; y George Romney (1734-1802), un pintor retratista británico.

24. Referencia a *Mr. Sponge's Sporting Tour*, novela de aventuras escrita y publicada en 1853 por el escritor y editor británico, Robert Smith Surtees.

citar a cada rato; y los sonetos de Shakespeare. Ella se los sabía de memoria. Phil y ella habían discutido todo el día sobre *La dama oscura*, y Dick había dicho, justo en la cena de esa noche, que él nunca había oído de ella.<sup>25</sup> En verdad, ¡se había casado con él por eso! ¡Él nunca había leído a Shakespeare! Debía haber algún librito barato que ella pudiera comprarle a Milly —¡*Cranford*, por supuesto!—. ¿Había algo tan encantador como la vaca en enaguas?<sup>26</sup> Solo si las personas tuviesen ahora ese sentido del humor, ese tipo de amor propio, pensó Clarissa, porque ella recordaba las páginas amplias; los finales de las frases, los personajes: cómo hablaba una sobre ellos, como si fuesen reales. Por todas esas cosas grandiosas una debería volver al pasado, pensó. “Del contagio de la lenta mancha

---

25. La dama oscura, *Dark Lady*, es un personaje femenino caracterizado por su piel morena o negra. Esta mujer morena es la amada a quien se dirigen los sonetos 127 a 154 de William Shakespeare.

26. *Cranford* es el título de la exitosa novela de Elizabeth Gaskell, publicada por entregas entre 1851 y 1852. La novela es protagonizada por mujeres maduras que viven en el poblado de Cranford y protagonizan divertidos episodios en los que procuran mantener los valores tradicionales.

del mundo” ... “Ya no temas el calor del sol” ...<sup>27</sup> “Y ya nunca podrá lamentarse”, “ya nunca podrá lamentarse”, repitió, sus ojos extraviados a través de la ventana; daba vueltas en su cabeza; la prueba de la gran poesía; los modernos nunca habían escrito algo que una quisiera leer sobre la muerte, pensó, y se volteó.

Los autobuses se juntaron a los autos, los autos a las camionetas, las camionetas a los taxis, los taxis a los autos; aquí había un convertible con una chica que estaba sola. Despierta hasta las cuatro, sus pies hormigueando, lo sé, pensó Clarissa, porque la chica se veía pálida, medio dormida, en la esquina del auto después del baile. Y otro auto llegó, y otro. ¡No! ¡No! ¡No! Clarissa sonreía de buena manera. La dama gorda se había tomado todo tipo de molestias, pero ¡diamantes!, ¡orquídeas!, ¡a esta hora de la mañana! ¡No! ¡No! ¡No! El espléndido policía, llegado el momento,

---

27. Este verso pertenece a la canción funeraria que Guiderio y sus amigos le dedican a un compañero aparentemente muerto, en la obra *Cimbelino*, de William Shakespeare. Este verso, como antes los de Shelley, serán recordados nuevamente por Clarissa Dalloway más adelante. La estrofa completa (acto IV, escena II) dice: “Ya no temas del sol los ardores/ ni del invierno la cólera aciaga./ Cumpliste en la tierra tus labores,/ volviste a tu casa, ganaste tu paga./ En cenizas y polvo toda mocedad/ mudará algún día la cruel edad”. Traducción de Javier García Montes.

levantaría su mano. Otro auto pasó. ¡Qué absolutamente desagradable! ¿Por qué debería una chica de esa edad pintarse de negro los ojos? Y un joven, con una jovencita, a estas horas, cuando el país... El admirable policía levantó su mano y Clarissa, agradeciendo el gesto, tomándose su tiempo, cruzó, caminó hacia la calle Bond; vio la calle estrecha y ondulante, los pendones amarillos; los gruesos cables de telégrafo extendidos atravesando el cielo.

Hace cien años su tatarabuelo, Seymour Parry, quien huyó con la hija de Conway, había caminado por la calle Bond. A lo largo de la calle Bond los Parrys habían caminado por cien años, y pudieron haber conocido a los Dalloways (Leighs del lado materno) al ir en el sentido contrario. Su padre compraba la ropa en Hill's. Allí había un rollo de tela en el mostrador, y acá un jarrón increíblemente caro sobre una mesa negra; como ese grueso salmón rosado en el bloque de hielo en la pescadería. Las joyas eran exquisitas: estrellas rosas y naranja, de fantasía, españolas, pensó, y cadenas de oro viejo; hebillas brillantes, pequeños broches que habían sido lucidos sobre satín verde marino por señoras con altos tocados. ¡Pero no es bueno mirar! Una debe economizar. Ella debía pasar la galería de arte donde

colgaba uno de esos raros cuadros franceses, como si la gente hubiera lanzado confeti, rosa y azul, en broma. Si has vivido entre cuadros (y es lo mismo con los libros y la música) pensó Clarissa, pasando el Aeolian Hall, no puedes dejarte engañar por una broma.

El río de la calle Bond estaba congestionado. Ahí, como una reina en un desfile, levantada, regia, estaba Lady Bexborough. Estaba sentada en su carruaje, eriguida, sola, mirando a través de sus anteojos. El guante blanco estaba suelto en su muñeca. Estaba de negro, bastante envejecida, y sin embargo, pensó Clarissa, cuán extraordinariamente luce: educación, amor propio, nunca decir una palabra de más o permitir el chismorreo de la gente; una amiga asombrosa; nadie puede criticarla después de todos estos años, y ahora, ahí está, pensó Clarissa, pasando junto a la Condesa que esperaba empolvada, perfectamente quieta, y Clarissa habría dado todo para ser así, la señora de Clarefield, hablando de política, como un hombre. Pero ella nunca va a ningún lado, pensó Clarissa, y es bastante inútil invitarla; y el carruaje siguió, y Lady Bexborough pasó llevada como una reina en un desfile, aunque ella no tuviera nada por qué vivir y su viejo marido estuviera decayendo y, como dicen, ella estuviera cansada de todo

eso, pensó Clarissa, y las lágrimas acudieron a sus ojos mientras entraba a la tienda.

—Buenos días —dijo Clarissa con su voz encantadora—. Guantes —dijo con su exquisita simpatía y, poniendo su cartera en el mostrador, comenzó, muy lentamente, a desabotonarla—. Guantes blancos —dijo—. Por encima del codo. —Y miró directo a la cara de la vendedora. ¿Pero no era esta la chica que recordaba? Se veía más vieja—. Estos no me quedan —dijo Clarissa. La chica de la tienda los miró.

—¿La señora usa brazaletes? —Clarissa extendió sus dedos.

—Quizás es por mis anillos. —Y la chica se llevó los guantes grises con ella hasta el final del mostrador.

Sí, pensó Clarissa, sí es la chica que recuerdo, es veinte años mayor... Había solo otra cliente, sentada de lado hacia el mostrador, su codo acomodado, su mano desnuda colgando, libre; como una figura en un abanico japonés, pensó Clarissa, demasiado vacía, quizás, aunque algunos hombres la adorarían. La dama agitó su cabeza tristemente. De nuevo los guantes eran muy grandes. Se giró hacia el espejo.

—Por encima de la muñeca —le reprochó a la mujer canosa, quien la miró y concordó.

Esperaron. Sonó un reloj. La calle Bond bullía, opaca, distante; la mujer se fue llevando los guantes.

—Por encima de la muñeca —dijo la dama, aflicta, alzando su voz. Y ella tendría que ordenar sillas, hielos, flores y fichas de guardarropa, pensó Clarissa. Las personas que no quería, vendrían; las otras, no. Estaría de pie junto a la puerta. Vendían medias, medias de seda. Una dama es conocida por sus guantes y sus zapatos, solía decir el viejo tío William. Y a través de las medias de seda, colgando con destellos plateados, miró a la dama: hombros inclinados, su mano caída, su cartera deslizándose, sus ojos ausentes en el piso. ¡Sería intolerable si mujeres desarregladas vinieran a su fiesta! ¿A uno le gustaría Keats si hubiera usado medias rojas? Oh, al fin. Se acercó al mostrador y pasó por su mente:

—¿Recuerda que antes de la guerra tenían guantes con botones de perla?

—¿Guantes franceses, señora?

—Sí, eran franceses —dijo Clarissa. La otra dama se puso de pie tristemente, y miró los guantes en el mostrador. Pero todos eran demasiado grandes. Siempre demasiado grandes en la muñeca.

—Con botones de perla —dijo la vendedora, que se veía mucho más vieja. Separó las hojas de papel de seda

en el mostrador. Con botones de perla, pensó Clarissa, perfectamente simple: ¡qué franceses!

—Las manos de la señora son muy esbeltas —dijo la chica de la tienda, deslizando el guante firmemente, con suavidad sobre los anillos. Clarissa miró su brazo en el espejo. El guante difícilmente llegaba al codo. ¿Eran los otros una pulgada más largos? Aún así, parecía tedioso molestarla, tal vez estaba en esos días del mes, pensó Clarissa, cuando es una agonía estar de pie.

—Oh, no se moleste —dijo, pero ya había traído los guantes—. ¿No se cansa terriblemente —dijo con su encantadora voz— de estar de pie? ¿Cuándo tendrá sus vacaciones?

—En septiembre, señora, cuando no estemos tan ocupados.

Cuando estemos en el campo, pensó Clarissa, o de caza. Ella tiene reservada una quincena en Brighton,<sup>28</sup> en un alojamiento congestionado. La dueña se guarda el azúcar. Nada sería más fácil que mandarla con la señora

---

28. La ciudad de Brighthton está situada sobre la costa al sur de Inglaterra. Su desarrollo turístico se produjo especialmente en la época victoriana, durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando se construyeron numerosos hoteles. En la Primera Guerra Mundial algunos hoteles se usaron como hospitales.

Lumley, justo en el campo (y estuvo en la punta de su lengua). Pero entonces recordó cómo en su luna de miel Dick le había mostrado lo tonto que era dar impulsivamente. Era más importante, dijo él, conseguir el comercio con China. Por supuesto, él tenía razón. Y ella podía sentir que a la chica no le gustaría que le dieran cosas. Allí estaba ella, en su lugar; igual que Dick. Vender guantes era su trabajo. Ella tenía sus propias penas muy distintas: “y ya nunca podrá lamentarse, nunca podrá lamentarse”; las palabras daban vueltas en su cabeza: “del contagio de la lenta mancha del mundo”, pensó Clarissa sosteniendo su brazo rígido, pues hay momentos en los que parece completamente inútil (su brazo quedó lleno de talco al quitarse el guante), simplemente una no cree, pensó Clarissa, más en Dios.

De repente se escuchó el estruendo del tráfico; las medias de seda se iluminaron. Una clienta entró.

—Guantes blancos —dijo con un timbre en la voz que Clarissa recordaba.

Solía ser tan simple, pensó Clarissa. Cayendo, cayendo a través del aire, llegó el graznido de los cuervos. Cuando Sylvia murió, hace cientos de años, los setos de tejo se veían tan adorables, con sus telarañas de diamantes en la neblina antes de la misa de la mañana.

Pero, si Dick fuese a morir mañana, lo de creer en Dios..., no, ella dejaría a los niños elegir, pero, para sí misma, como Lady Bexborough, quien abrió el bazar, dicen, con el telegrama en su mano (Roden, su favorito, asesinado), seguiría adelante. Pero por qué, ¿si una no cree? Por el bien de los demás, pensó, tomando el guante en su mano. Esta chica sería mucho más infeliz si no creyera.

—Treinta chelines —dijo la vendedora—. No, perdóneme señora, treinta y cinco, los guantes franceses valen más.

Porque una no vive para una misma, pensó Clarissa.

Y luego la otra clienta tomó un guante, lo estiró y se rompió.

—¡Vaya! —exclamó.

—Un defecto de la seda —dijo la mujer canosa apresuradamente—. A veces es una gota de ácido en el teñido. Pruebe este par, señora.

—¡Pero es una horrible estafa que pidan dos libras y diez chelines por esto!

Clarissa miró a la dama; la dama miró a Clarissa.

—Los guantes no han sido tan poco fiables desde la guerra —dijo la chica de la tienda, disculpándose con Clarissa.

¿De dónde había visto a la otra dama? Anciana, con un pliegue bajo su barbilla, usando una cinta negra que sostenía sus anteojos de oro; sensual, inteligente, como un dibujo de Sargent<sup>29</sup>. Cómo se puede adivinar por la voz cuando la gente está acostumbrada, pensó Clarissa, a hacer que los demás —“está un poco apretado”, dijo la otra— obedezcan. La vendedora se fue de nuevo. Clarissa se quedó esperando. *Ya no temas*, repitió, jugando con su dedo en el mostrador. *Ya no temas el calor del sol*. *Ya no temas*, repitió. Había pequeñas manchas marrones en su brazo. Y la chica se deslizaba como un caracol. *Tu tarea en el mundo has cumplido*. Miles de hombres jóvenes han muerto para que las cosas sigan su rumbo. ¡Al fin! Media pulgada por encima del codo; botones de perlas; las cinco y cuarto. “Mi querida chica lenta— pensó Clarissa—, ¿crees que podría sentarme acá toda la mañana? ¡Ahora te tomarás veinticinco minutos para traerme el cambio!”

Hubo una violenta explosión en la calle.  
La vendedora se encogió del miedo detrás de los

---

29. John Singer Sargent (1856 - 1925). Pintor estadounidense, considerado el “retratista de más éxito de su generación”. Durante su carrera, realizó cerca de 900 pinturas al óleo y más de 2000 acuarelas, así como innumerables bocetos y dibujos al carboncillo.

mostradores. Pero Clarissa, sentada muy erguida, le sonrió a la otra dama.

—¡Señorita Anstruther!<sup>30</sup>— exclamó.

---

30. Clementina Anstruther Thomson (1857-1921) fue una teórica del arte que se interesó por el aspecto físico y sensual de la estética promoviendo incluso la experimentación corporal con objetos artísticos. Mantuvo una relación amorosa y de intensa cooperación intelectual con Vernon Lee (seudónimo de la escritora Violet Paget), con quien vivió hasta 1898. Sus escritos fueron despreciados y su relación lésbica atacada por la crítica. John Singer Sargent pintó un retrato de Miss Anstruther Thomson.

## **El recorrido de La señora Dalloway en la calle Bond**

Hemos reconstruido el recorrido urbano de Clarissa Dalloway por las calles céntricas de Londres, gracias al servicio de Google Maps. El recorrido que hace Clarissa Dalloway en este relato corto comienza al salir de su casa hacia una calle cercana a la Abadía de Westminster (1), pasando cerca del Big Ben (2), hasta llegar al Arco del Almirantazgo (3). Luego, la seguimos al caminar por la calle de la Alameda (*The Mall*), hasta el Monumento a la Reina Victoria, frente al Palacio de Buckingham (4). A partir de allí Clarissa atraviesa el Green Park para salir a la calle Picadilly (5) y avanzar hasta la librería Hatchards (6). Entonces, cruza para regresar y tomar la calle Bond (7), una de las calles comerciales más importantes de Londres en donde se encuentran tiendas de moda, joyerías y galerías de arte. Clarissa menciona el Aeolina Hall (antigua galería de arte) y una joyería, antes de llegar a uno de aquellos almacenes de moda en donde ocurre la escena final del relato (8).



## Sobre la presente traducción

Las traducciones de los tres cuentos de Virginia Woolf que componen este número de la colección han sido realizadas en trabajo colectivo al interior del semi-llero de producción editorial, Animal de Letras, con participación de un grupo muy activo de estudiantes del programa de Estudios Literarios y Edición de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Las estudiantes Laura Wilches, Valentina Rodríguez y Daniela Veloza elaboraron la primera versión de *La marca en la pared*, mientras que Sofía Figallo, Carlos Tesillo y Sofía Arias hicieron lo propio en el caso de *La señora Dalloway en la calle Bond*. Mi aporte consistió en traducir *Lunes o martes* y en hacer una corrección y revisión general de los tres relatos. Para los tres casos hemos tomado como fuente de referencia los textos en inglés tal y como fueron originalmente publicados por Virginia Woolf: “The Mark On The Wall”, en: *Two Stories*. Richmond, Hogart Press, 1917; “Monday or Tuesday”, en: *Monday*

or *Tuesday*. Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1921; “Mrs. Dalloway in Bond Street”, en: *The Dial*. Volume LXXV, June-December, 1923. Estos textos han sido accesibles gracias a su disponibilidad en el Proyecto Gutenberg de acceso libre y gratuito. Hemos tenido en cuenta también las traducciones al castellano realizadas por Pablo Ingberg para la editorial Losada (*Cuentos y relatos completos*. Buenos Aires, Editorial Losada, 2021) y, en Colombia, por el Colectivo Barbárিকা para la editorial Seix Barral del Grupo Planeta, (*Cuentos completos*. Bogotá, Seix Barral, 2022).

# MARIO ALEJANDRO MOLANO VEGA

Profesional en estudios Literarios, Magíster y Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Colombia. Sus campos de investigación son la historia y la teoría del arte y de la literatura, especialmente los procesos y modos de representación de la modernidad. Fue profesor asociado del Área Académica de Humanidades y Estudios Literarios, de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, donde también se desempeñó como director de su área académica y decano de facultad. En la actualidad es profesor asociado del departamento de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia. Director de su área académica y como Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la misma universidad.





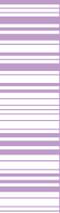






Para la composición de este libro se utilizaron fuentes de uso libre de la familia Literata diseñada por TypeTogether en 2020.

En el mes de marzo de 2024 la Editorial Utadeo terminó de editar este libro, tercer título de la colección *Animal de letras*.



9789587253573

Animal de letras es una colección que surge del deseo profundo de leer como un acto de afirmación vital y de rebeldía contra la ignorancia, la falta de imaginación y la mediocridad que el mundo actual nos impone. La iniciativa surge de un grupo de profesoras y profesores del programa de Estudios Literarios y Edición de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, y su objetivo es difundir la lectura entre la comunidad universitaria y el público general.

